

Turismo cultural y ciudad educadora

Laia Coma Quintana



Selfie en el metro de Moscú.

Notas iniciales

Este artículo no puede empezar sin hacer alusión al contexto de la pandemia mundial derivada del virus Covid-19, en el que sin duda alguna el turismo, por lo que nos atañe, ha sido una de las actividades económicas más perjudicadas. Ello ha conllevado grandes y graves consecuencias, sobre todo en las economías de aquellos países donde la industria turística era una de sus principales fuentes de riqueza. Por lo tanto, para muchos destinos turísticos esta 'caída' y paralización tajante de la inyección económica proveniente del turismo, ha supuesto un antes y un después. Y nadie sabe aún cómo será la recuperación y la vuelta a la 'normalidad' del sector turístico en concreto, y de la economía en general.

Lo que sí sabemos es que, ante toda crisis, la mejor opción es aprovechar el cambio que ésta ha generado para reflexionar y pensar en nuevas formas de percibir y actuar, y esto es lo que debemos hacer ahora en materia turística. ¿Por qué no pensamos en las posibilidades de conjugar el turismo y la sostenibilidad con la educación?

No sabemos cuándo, pero tarde o temprano el turismo retomará su actividad; tampoco sabemos bajo qué fórmula lo hará, pero justamente por ello es necesario retomar y continuar desarrollando aquellas premisas y reflexiones que ponen énfasis en la dimensión más humana y sociabilizadora del turismo, porque de no hacerlo, volveremos a cometer los mismos errores. En esta nueva etapa post

pandemia tenemos que evitar repetir esos enfoques y acciones en el ámbito turístico que tanto impacto negativo ha generado sobre los destinos y su ciudadanía, y ello ha sido así por priorizar un turismo pensado en clave exclusivamente económica, donde la cantidad ha prevalecido la calidad, y en donde las dimensiones sociales, humanas y culturales de dicha actividad se han relegado a un segundo plano. El presente artículo es una invitación a invertir esta realidad.

Retos y necesidades del turismo cultural sostenible

El turismo y el crecimiento que éste ha experimentado en las últimas décadas ha sido uno de los fenómenos económicos y sociales de mayor relevancia en el siglo XX, y sigue siendo así en los inicios del presente siglo. Desde hace décadas, no hay duda alguna que el turismo es un gran dinamizador económico para muchos destinos y que se ha convertido en un sector estructural y sistémico de las economías contemporáneas. De este modo, la industria turística es una de las principales fuentes de riqueza y éxito económico, pero también es cierto que una actividad turística mal gestionada, ‘no controlada’, masificada, y donde la cantidad prevalezca sobre la calidad, conlleva ciertas problemáticas de diversa índole: económica, social y ambiental en algunos destinos. A estas consecuencias deben sumarse los efectos que la globalización ha tenido sobre el turismo, tanto en las formas de consumirlo como en las estrategias de ‘venta’ de los destinos. No es ahora el momento para extenderse enumerando dichas consecuencias o impactos, pero sí que es necesario poner de manifiesto alguna de ellas. Por un lado, nos encontramos la denominada ‘desper-

sonalización’ que muchos destinos están sufriendo al mimetizarse casi al milímetro los unos con los otros. Ante esta realidad se hace evidente la necesidad de reflexionar y actuar para defender, conservar y promover turísticamente hablando aquello que es singular y único en materia patrimonial en cada uno de los destinos, evitando así convertir las ciudades turísticas en auténticos platós deshumanizados carentes de esencia, identidad y particularidad. Por otro lado, es necesario considerar como impacto negativo el hecho que el turismo, este fenómeno de grandes magnitudes, no siempre ha sido respetuoso con la población que acoge a los visitantes, ni con el entorno medioambiental ni con la economía local.

Es por estas razones, entre muchas otras, que ante la creciente demanda turística –paralizada temporalmente por la pandemia Covid-19, pero que seguro retomará su curso cuando el contexto permita recuperar la economía y la actividad turística—, se pone de manifiesto la necesidad de planificar y gestionar un desarrollo sostenible del turismo en todos los destinos. ¿A qué nos referimos cuando hablamos de un turismo sostenible? La primera vez que aparece este término es en el conocido Informe Brundtland nacido en el seno de la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y Desarrollo, y en él se define como “aqueel desarrollo que satisface las necesidades del presente, sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones”.¹ De hecho, este desarrollo

1 ONU. Informe Brundtland. Informe de la Comisión Mundial sobre el Medioambiente y el Desarrollo. *Nuestro futuro común*. São Paulo, Brasil, 1987, p.23. Disponible en: <https://es.scribd.com/doc/105305734/ONU-Informe-> [Consulta: 23 de noviembre 2020].



Caminantes del Camino de Santiago en León.

sostenible tiene en cuenta tres dimensiones: la ambiental, la económica y la social. Estos ámbitos aparecen también reflejados en la definición del turismo sostenible que hace la Organización Mundial del Turismo (de ahora en adelante, OMT) cuando dice que es aquel que “responde a las necesidades de los turistas y las comunidades anfitrionas sin comprometer las oportunidades de futuro. Está enfocado hacia la gestión de todos los recursos de manera que satisfagan todas las necesidades económicas, sociales y estéticas, al tiempo que respeten la integridad cultural, los procesos ecológicos esenciales, la diversidad biológica y los sistemas de soporte de vida”.²

A todas estas reflexiones cabe añadir que es bien sabido que el turismo no solo es un dinamizador económico para algunos destinos, sino también una poderosa herramienta para promover el intercambio cultural entre la sociedad

que emite el turismo y la que lo recibe. Así pues, desde su dimensión cultural, el turismo es una actividad económica que debidamente planificada y bien gestionada por sus grupos de interés puede contribuir al bienestar de la ciudadanía, así como a respetar, recuperar y preservar el patrimonio cultural material e inmaterial de un destino. Para lograrlo, es casi obligatorio que las políticas turísticas se lleven a cabo bajo criterios sostenibles, teniendo en cuenta sus tres enfoques que lo determinan, y de forma especial el enfoque sociocultural; según Coma-Quintana y Torres-Delgado es esta dimensión la que debe “velar para el bienestar de la población y el respeto, recuperación y preservación de la cultura de la región anfitriona”.³

² Organización Mundial del Turismo. *Guía para administraciones locales: desarrollo turístico sostenible*. Madrid: OMT, 1993, s.p.

³ Coma-Quintana, L., & Torres-Delgado, A. “The revalue of cultural heritage as a mean to develop sustainable tourism. The case of Vall de Boi and the 9 wonders of romanesque”. En *5th International Conference on Heritage and Sustainable Development*. Lisboa, Portugal: Green Lines Institute, 2016, p. 88.

Con todo ello, vemos pues como en pleno siglo XXI no hay otra forma posible de concebir el turismo que no sea el desarrollo sostenible. Pero ¿por dónde empezar?

Si bien es cierto que desde el ámbito europeo e internacional algunas instituciones como la OMT y la Organización de las Naciones Unidas (de ahora en adelante, ONU) han venido defendiendo todas estas ideas centradas en el desarrollo del turismo de una manera más sostenible, y también han estado defendiendo la necesidad de preservar la cultura y la identidad de las civilizaciones, en España aún queda un largo camino por recorrer. Seguramente muchas son las ‘fuentes’ de donde pueden surgir propuestas interesantes en pro del turismo cultural sostenible, pero desde nuestro punto de vista apostamos por la educación y los principios que defiende el denominado movimiento de Ciudades Educadoras.⁴

La ciudad como escenario de aprendizaje y el potencial educativo de los destinos

Desde hace décadas, estamos convencidos y así lo hemos manifestado en varias ocasiones que la ciudad educa. Pero este discurso no es nada nuevo, sino

que distinguidos pedagogos, filósofos y políticos ya en la segunda mitad de siglo XX articulaban discursos alrededor del concepto de ‘ciudad educadora’. Como tal, este término fue citado por primera vez por el político francés Edgar Faure en su obra *Apprendre à être* (1972), en la que reivindicaba el concepto de *cit   educative*, es decir, ciudad educativa, término que evolucionaría hasta nuestros tiempos como Ciudad Educadora. Faure planteaba en esta obra la necesidad de que la educación se llevara a cabo más allá de las aulas, es decir, que saliera de ellas para adentrarse en los espacios abiertos propios de la ciudad.   l mismo se inspir   para esta conceptualización en el concepto de *polis* griega, y en las palabras de filósofos y pedagogos como Plutarco que definen la ciudad como el mejor instructor o, dicho con otras palabras:

“En Atenas, la educación no era una actividad aislada, practicada a ciertas horas, en ciertos lugares, en una cierta época de la vida. Constituía el fin mismo de la sociedad. El Ateniense estaba formado por la cultura, por la *paideia*”.⁵

Faure, pues, promulgaba la idea de que las ciudades son agentes educadores y formadores para la ciudadanía. Esta concepción de la ciudad fue compartida y evolucionada con el tiempo por otros autores como Jaques Delors,⁶ Francesco

4 Este artículo refleja algunas de las ideas recogidas en el libro Coma, L. & Santacana, J. (coord.). *Ciudad educadora y turismo responsable*. Gijón: TREA, 2017. Y también las desarrolladas en el seno del proyecto *Ciudad Educadora y Turismo Responsable. El patrimonio como valor identitario de una ciudad*, desarrollado en el marco de la Asociación Internacional de Ciudades Educadoras. Se trata de un proyecto en el que diversas ciudades de España trabajaron en red, conjuntamente con el ámbito académico (Campus CETT-UB), durante 4 años (2016-2020) con el objetivo de reflexionar, debatir e intercambiar experiencias alrededor del turismo responsable y el valor identitario de los destinos bajo una mirada pedagógica.

5 Faure, E., Herrera, F., Petrovski, A. V., Rahnema, M., & Ward, F. C. *Aprender a ser: La educación del futuro*. Madrid: Alianza Editorial-UNESCO, 1973, p. 242.

6 Delors, J. “La educación encierra un tesoro”. En *La Educación encierra un tesoro*. Madrid: Santillana / UNESCO, 1996. Disponible en: http://www.unesco.org/education/pdf/DELORS_S.PDF [Consulta: 21 de noviembre 2020].



Visitantes de Bombas Gens, Centre d'Art (Valencia).

Tonucci⁷ y Joan Manuel del Pozo,⁸ entre otros, quienes apuntaron las primeras reflexiones y aportaciones que reclamaban una nueva visión de la ciudad como espacio educativo. Todos estos discursos y muchos otros provenientes de pensadores y pedagogos de referencia, ayudaron a construir en la década de los 90 del siglo XX el movimiento internacional de Ciudades Educadoras, que en 1994 se institucionalizó bajo el nombre de Asociación Internacional de Ciudades Educadoras (AICE), red que actualmente acoge a más de 470 ciudades que

7 Tonucci, F. *La ciudad de los niños: un modo nuevo de pensar la ciudad*. Madrid: Unesco-Alianza Editorial, 1998.

8 Del Pozo, J. M. "El concepto de Ciudad Educadora, hoy". *En Educación y vida urbana: 20 años de Ciudades Educadoras* (pp. 23-33). Madrid: Santillana, 2008.

comparten un objetivo común: educar a toda la ciudadanía desde las diferentes ópticas y dimensiones que puede ofrecer una ciudad.

Partiendo de este concepto educador de la ciudad y del contexto que actualmente estamos viviendo, podemos decir que "El desafío de hoy es volver a pensar la ciudad en clave educadora. Y pensar la ciudad en clave educadora quiere decir que no sólo se tiene que pensar en clave física, del espacio, sino en clave social, es decir, en comportamientos adecuados a los rituales de la urbanidad, palabra derivada de la urbe, que dirían los romanos, o bien de la *polis* de los griegos. [...] La ciudad es, pues, el nuevo escenario de estos rituales que llamamos educación, y cada parte de la ciudad participa del ritual educador; nada se escapa. Tenemos que considerar la ciudad como una especie de aula

grandiosa, extraordinariamente variada y siempre viva”.⁹

Es en este marco en el que la ciudad y, por tanto, los destinos turísticos pueden considerarse auténticos agentes educadores, y se evidencia así el potencial educador del turismo cultural como tal. Aunque también es cierto que el turismo puede proyectar acciones ‘deseducadoras’, basta ver cómo desafortunadamente a menudo circulan manadas de turismo incívico que recorren ciudades exhibiendo su naturaleza brutal mostrando un total desprecio hacia los residentes y su cultura. Pero, si lo pensamos bien, en el fondo no existe el turista en abstracto; todos somos a la vez turistas y ciudadanos que vivimos en comunidades receptoras de turismo, y ello implica un doble aprendizaje: aprender a ver el mundo comprendiéndolo y respetándolo, y aprender al mismo tiempo a comprender y respetar a quienes nos visitan. Este es un trayecto bidireccional, dado que somos turistas y recibimos a turistas, viajamos y atendemos a viajeros, salimos para conocer el mundo y el mundo viene a conocernos a nosotros. Estas ideas subyacen bajo el concepto de una ciudadanía educada y, por ende, de las ciudades educadoras.

El arte de viajar, el arte de aprender

Paralelamente a todas estas ideas expuestas en torno a las posibilidades y potencialidad educadoras de las ciudades (de los entornos en los que vivimos y convivimos, y en los que viajamos) y de su patrimonio, es interesante entender el viaje como fuente de aprendizaje.

9 Coma, L., & Santacana, J. *Ciudad educadora y patrimonio. Cookbook of heritage*. Gijón: Trea, 2010, p. 72.

Más allá de ver la actividad turística como un motor económico, que sin duda lo es, el turismo y el acto de viajar siempre han supuesto una fuente de aprendizaje y disfrute. Ciertamente es que, en las primeras civilizaciones viajeras, como la fenicia o la egipcia, los motivos del viaje eran principalmente comerciales, pero también se sabe que en civilizaciones posteriores los motivos para viajar tenían otro objetivo: el ocio y disfrute. Como ejemplo, tenemos los viajes que hacían los griegos para asistir a las Olimpiadas, o los romanos para disfrutar de unas estancias agradables de salud y descanso en balnearios y zonas de aguas termales.

Aunque hoy en día se sigue viajando por negocio, son variadas las motivaciones que nos impulsan para movernos, pero no hay duda de que desde la existencia del concepto ‘vacaciones’ y el acontecimiento de la denominada democratización de la cultura, el viajar por placer y para conocer nuevas culturas mueve grandes masas. Es en este momento cuando toma fuerza el denominado turismo cultural.

Por otro lado, hay que tener en cuenta que en un mundo cada vez más globalizado en el que las ciudades se parecen más las unas a las otras, perdiendo así su esencia más particular, el turismo ha intentado salvar esta realidad centrando su atención en todo aquello que pueda dar un valor diferencial a las distintas destinaciones mundiales. En el caso que nos ocupa, este elemento diferenciador, y que a menudo se convierte en el motivo principal del viaje cultural, se ve reflejado en el patrimonio de las ciudades, tanto en el material como el inmaterial. De hecho, el turismo cultural se basa justamente en esto, en visitar aquellos lugares que albergan patrimonio, que permiten conocer cómo era la ciudad en su momento de esplendor



Turismo familiar en Kerala (India).

y en otras etapas significativas, aquello que permite entender la historia y el carácter de la ciudadanía anfitriona, aquello que permite comprender, en definitiva, cómo es y cómo era el mundo.

El aprendizaje que se produce en los viajes de este tipo no solo se ve reflejado en el conocimiento y en la comprensión de la cultura del lugar de destino, sino que también supone un aprendizaje personal. Cuando viajamos, nos encontramos en un ambiente diferente al nuestro, cambia el entorno físico, cambian las personas que nos rodean, la comida que ingerimos y las rutinas de nuestra actividad diaria. Así que, al viajar nos trasladamos a un nuevo escenario repleto de personajes distintos a los que nos tendremos que adaptar, y solo esto ya supone una transformación que sin duda alguna conllevará algún tipo de aprendizaje personal. Esta

concepción de entender el viaje como fuente de aprendizaje y maduración no es nueva; de algún modo se considera que empezó a forjarse ya en el siglo XVII con el denominado *Grand Tour*, ese viaje por Europa que realizaban los jóvenes de la aristocracia inglesa con el fin de culturizarse, completar su educación y también disfrutar de los nuevos lugares. De hecho, en el libro *The Compleat Gentleman* de Jean Gailhard, éste propone el recorrido ideal y la cantidad de días de estancia en cada lugar para completar la formación del caballero inglés durante tres años:

“I will suppose I am to be abroad three years, or thereabouts and within this time I am to see France, Italy, Germany, and part of the Low-Countries, then I will resolve thus, in France I will be first 18

months, 9 or 10 in Italy, 5 in Germany, and the Low-Countries, and 4 or 5 at Paris, before I go home".¹⁰

Así, el *Grand Tour* puede considerarse como el predecesor del turismo cultural actual, de ese turismo pensado y vivido en clave educativa, ya que el objetivo del *Grand Tour*, al fin y al cabo, era visitar el patrimonio perteneciente a la cuna del continente europeo y de la cultura de las civilizaciones de la parte oeste de Europa con el fin de salir de la ciudad conocida y descubrir nuevos lugares para aprender de las ruinas, de disfrutar del patrimonio ajeno, de conocer nuevas culturas, de vivir nuevas experiencias...; todo ello, muy parecido a las formas actuales de hacer turismo.

Podríamos seguir relatando la historia y evolución del viaje y su relación con la educación y el aprendizaje, pero quizá no es el momento ni el lugar de hacerlo. Así pues, desde una perspectiva genérica y actual, estamos convencidos de que viajar, en todas sus fases (antes, durante y después del viaje) proporciona siempre nuevos aprendizajes. Hacer una buena preparación del viaje ya es un gran ejercicio de aprendizajes, pero no sólo aprendemos cuando preparamos el viaje, sino que mientras disfrutamos de la experiencia de viajar, sin duda también nos enriquecemos y aprendemos: vemos cosas, hacemos amigos, compartimos alegrías y penas, experimentamos cosas

nunca vividas... Por lo tanto, aprendemos continuamente mientras viajamos, y también lo hacemos cuando una vez hemos llegado a casa recordemos y reflexionemos de todo lo vivido.

Viajar nos aporta ideas y conceptos nuevos, pero también hechos y experiencias, aprendemos procedimientos y maneras de hacer diferentes a las nuestras, y al mismo tiempo mientras viajamos conocemos otras maneras de ser y por tanto percibimos y afianzamos valores como por ejemplo el respeto y la comprensión del otro. Y todos estos aprendizajes nos los da el lugar elegido como destino del viaje, su cultura, su patrimonio y su gente. Por ello, podemos decir que el turismo cultural, articulado desde fórmulas sostenibles socialmente y culturalmente hablando, ayuda a comprender 'al otro'.

Cuando viajamos, "el patrimonio cultural de cualquier pueblo del mundo ayuda a los demás a comprenderlo; conocer es el primer paso para amar... es cierto que el conocimiento de los pueblos no garantiza que los apreciemos; hay veces que el odio también se fundamenta en el conocimiento del otro y de su historia. Sin embargo, sin conocer no resulta fácil generar aprecio. Por ello, fomentar los viajes es una de las mejores fórmulas para deshacer prejuicios culturales".¹¹

El viaje pues, es experiencia de vida, es experiencia de relaciones con los demás, es cultura en sentido pleno y a la vez, es ocio, y es también experiencia de aprendizajes diversos.

10 Gailhard, J. *The compleat gentleman, or, Directions for the education of youth as to their breeding at home and travelling abroad in two treatises*. Londres: Tho. Newcomb, 1678, p.44. Disponible en: <https://quod.lib.umich.edu/e/eebo/a41495.0001.001/181:A41495.0001.001?page=root;size=125;-vid=101863;view=text> [Consulta: 10 de noviembre 2020]

11 Coma, L., & Santacana, J. (coords). *Ciudad Educadora y Turismo Responsable*. Gijón: Trea, 2017, p. 44.